

**CASIANO,  
UN TIESTO SIN AREPA**

**LUIS CARLOS OROZCO SILVA**

**CASIANO,  
UN TIESTO SIN AREPA**

**(Sic)**  
Editorial

Proyecto Cultural de  
Sistemas y Computadores S.A.

**PRIMERA EDICIÓN**

Junio de 2006

**DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN**

**(Sic) Editorial**

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 222

Tel: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

Bucaramanga - Colombia

E-mail: [siceditorial@syc.com.co](mailto:siceditorial@syc.com.co)

[www.siceditorial.com](http://www.siceditorial.com)

ISBN: 958-708-212-5

**Carátula:**

Óleo sobre lienzo

“Un tiesto sin arepa”

Tatiana Alexandra Silva Ortiz

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,  
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor

Nota del Editor

La corrección de la edición ha sido responsabilidad  
del autor.

Impreso en Colombia

*“El silencio es un aliado de oro,  
Hablar tan solo lo necesario para sobrevivir  
Y callar el resto de los pensamientos”*

(Enrique Serrano)



## Capítulo Primero

### El albur de encontrarlo

Me dirijo hacia una de las pasajeras más jóvenes, atraído por su facundia y manera tan sui géneris, de llamar la atención de los compañeros de viaje. Parecía una capitana con un mando tal, que nunca dejaría nada al garete. Me gustaría que ella ayudase a la humanidad tímida y silenciosa, dictando un seminario que bien podría titularlo, “Hágase oír”.

Su exposición, me causó curiosidad, me acerqué con sigilo y cuando pude estar próximo a ella, me di cuenta que era la persona apropiada, por toda esa gama de conocimientos que aparentaba poseer. No pude demorar mucho tiempo en el anonimato. Antes de abordarla, me descubrió y me lanzó en directo su primera mordaz pregunta que, en lugar de romper el hielo, me hizo sonrojar de pura vergüenza. ¿Se le perdió algo al caballero? Con una sonrisa forzada pedí disculpas y me identifiqué como un periodista, a la caza de un fantasma, del cual había perdido el rastro, desde hacía aproximadamente cinco años. ¡Qué

interesante! Dijo con sorna, lo cual me obligó a sostenerle la mirada en protesta a su ironía. Con mirada y todo, no se hizo esperar su segundo interrogante, aunque debo reconocer, que lo hizo en un tono mas moderado, tal vez en consideración a mi comunicación visual.

¿Y qué le hace pensar, que entre mis compañeros de viaje, esté su famoso fantasma? Nuevamente me disculpé, pero esta vez, hablando para todos: En realidad no he insinuado nada, sobre el que esté entre ustedes, como dice... (No sabía aun el nombre de la persona con quien dialogaba) se adelantó a mi súplica, que quizá hice, con mis ojos interrogantes y mi mano extendida hacia ella, teniendo el cuidado de no señalar a tan quisquillosa dama. ! REGINA! dijo. Después de escucharle el nombre, repuse...exacto, como dice la señorita Regina. Volvió a interpelarme para corregir mi apreciación de halago. ¡señora, señora de Zurdoco, así como suena, de Zurdoco con Z!; Además no he dicho que lo insinuó, dije exactamente, qué le hace pensar, diferente de insinuar, creo que hablo muy clarito el idioma Español. ¡Okay, okay! Repetí para no perder mi buen talante, tratando de bajar el nivel, a la ya pesada resistencia.

Sabía que tenía la obligación de darle la razón, lo había aprendido en las elementales básicas de las relaciones humanas. Además ella, estaba en lo

cierto, como también era un hecho real, el que estuviera despojándome del rol de periodista, y por supuesto continuó preguntando.

Haber diga señor periodista, ¿Cómo se llama el tal fantasma que se le perdió? Sin titubeos respondí, mas para satisfacer su curiosidad, que por cualquier otra cosa; CASIANO AGÁMEZ URIBIA. Sus ojazos negros se desorbitaron y sin salir del asombro, expresó con gracia ambivalente: ¡No hable mierda, Él es mi hermano y también lo andamos buscando! Sólo acaté decirle, ¡feliz coincidencia! Respiré tranquilo y noté que desde ese momento, los demás pasajeros, empezaron a murmurar, en razón a que nuestros diálogos, se acrecentaron formando una íntima amistad de solidaridad, complicidad y olvido del afán en la búsqueda. Por fin estuvimos de acuerdo en olvidar por un tiempo la necesidad de encontrarlo.

Cualquier día doña Eloisa, invitó a una misa por el descanso eterno de sus dos hijos mayores muertos. El reverendo, al iniciar la eucaristía, sorprendió a todos los fieles que estábamos allí presentes, cuando anunciaba: “La celebración de este sacramento, es por el descanso eterno de Dolores, Simón y CASIANO AGÁMEZ URIBIA, son las intenciones de su madre y demás familiares”.

Hubo, silencio sepulcral.

El periodista y Regina se miraron, se voltearon al instante para ver a los demás familiares y todos tenían la mirada clavada hacia donde penosamente se movía la frágil figura de doña Eloisa, quien permanecía sentada en la primera banca con el rosario en la mano, y sólo se le escuchó, ya poniéndose de pies, con el ademán de guardar su camándula, en el bolsillo derecho de su vestido nuevo, después de darse la auto-bendición y darle un beso añejo, al rollito de las cuentas, para disponerse a la misa: ¡OH mi buen Jesús a todas estas almas las encierro dentro de tus llagas y las encomiendo a tu misericordia. Acuérdate de ellas y de mi, sobretodo en la hora de la muerte, amén!

Todos la miraban sin disimulo y buscando cualquier explicación en ella, pero seguía con una mirada tierna, dulce y perdida en el oficio del altar. En adelante, hubo infinidad de cruce de miradas, durante la celebración entre amigos y familiares, pensando con seguridad pasmosa todos lo mismo. Doña Eloisa sabía que CASIANO había muerto y se lo tenía bien guardado. Pero, ¿cómo lo sabría, precisamente ella, si desde hacía diez años nadie tenía noticia, ni grande ni chica?

Terminado el santo oficio, Regina abordó a su madre inmediatamente, quería saberlo todo, y apretando sus dientes preguntó sin abrir la boca casi en la oreja de doña Eloisa. ¿Mamá, usted de dónde sacó eso? ¿Saqué, que? Dijo la viejita con

una leve y dulce sonrisa picarona, mientras se apoyaba en el brazo de su hija, que la cuestionaba inquisitivamente, y a la vez trataba de ayudarla a ponerse en pié, y quien, sonriendo a los amigos, disimulaba la preocupación que quemaba su cerebro. ¡Pues lo de Casiano! ¿Qué es lo que usted sabe? Lo mismo que todos ustedes. - Regina con desespero añadió, - ¡Yo no se nada mamita!, apretando ahora el brazo de su madre contra el suyo como para que soltara la lengua mas rápida y mas claramente.

Por eso... dijo la anciana madre mirándola a los ojos, no se nada de él. Sólo que se me ocurrió poner un plazo de diez años, y diciéndome a mi misma, isi a Casiano, no le dio la bendita gana de reportarse, en este tiempo prudente, es porque desea estar muerto para nosotros! ¡Ay, mamá!, nos pegó el susto. Yo sinceramente pensé que usted sabía algo de verdad, expresó ahora resignada y tranquila, pidiendo inmediatamente perdón a su madre, por su imprudencia e insensatez de no reflexionar, en el acto sagrado convocado por ella. Regina se apartó de su mamá, entregándosela a Rosita, quien muy seguramente realizó un segundo interrogatorio.

Qué gran lección de fortaleza, de equilibrio y de sorpresa había dado doña Eloisa, a todos los invitados. A sus noventa años, manejaba con buen criterio el juicio y la prudencia. Sin duda, era un

preaviso de que se le estaban agotando sus fuerzas, como para seguir esperando en la incertidumbre, un inescrutable destino sin tiempo.

Sus glándulas salivales, también empezaron a revelarse y no aguantaban tanto trajín que ejercían, al acompañarla, en la infinidad de oraciones que ofrecía diariamente, a cambio de ver por última vez, la imagen de su amado hijo sin rastro. No pudo. Parece ser que le perdonó su ausencia, pero no le comprendió el silencio. Cinco años más, agregó el creador a la vida de doña Eloisa y a la silla vacía del hijo de sus sueños.

Después de quince años decidieron enterrar el recuerdo de Casiano, solidarizándose con el presentimiento de la añosa madre, que supo secar sus lágrimas, en la dolorosa decisión de sacar de sus entrañas, a su hijo querido y amado, para devolverlo al Dios Padre, en el sagrado sacrificio de la misa sin descubrir su intimidad inconclusa.

¡Decidió estar muerto para nosotros! Sin duda, doña Eloisa buscaba la paz para toda su familia. La paz del cordero. No quería dejar nada pendiente, al fin y al cabo eran los dones, que había recibido de su Claver del alma y del corazón, en los tiempos de guerra, de amor, de flores, rosas, rosales y rosarios.

Casiano se había transformado en un fantasma, y por supuesto, los diálogos entre la familia se fueron agitando desproporcionando la única

verdad sin saberlo. La nostalgia y la desesperanza, empieza hacer presa, a las dos hermanas, Rosa y Regina. Entre ellas, ya no existían los tácitos acuerdos. Ahora se les veía discutir con frecuencia por todo y por nada. No resistían estar lejos una de la otra, pero una vez se encontraban, cada una sin ceder un milímetro, creía poseer la verdad y la razón.

En uno de esos diálogos sordos, apareció de nuevo el periodista cazafantasmas diciendo: “Deseo realizar un proyecto sobre la diferente forma de vida de Casiano”. Rosita miró al periodista en forma lastimera y le dijo: Pero, ¿Qué puede decir de ese marica, si ni siquiera sabemos dónde culos esté? ¡No que hijueputas, le va a quedar de p’arriba!

Regina sin enojarse y con la mano en su barbilla, sostenía su cabeza llena de pensamientos, que en loca carrera iban y venían sin control. Al lograr atrapar uno de ellos, lo empuñó en sus sentimientos y en lanza en ristre la emprendió contra el periodista, sin importarle el tiempo que él había compartido con ella; ¡Oiga, por qué mejor no escribe las pendejadas de su marica familia y deja de meterse con la mía!, ¿acaso estamos para brinquitos estando la sala pareja? Además calvo hijuemadre, si lo hace, lo demando por todas las estupideces que escriba en sus puercos sainetes